N. 64. 1

TRAGEDIA.

HIPERMENESTRA.

EN CINCO ACTOS.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA SEGUNDA IMPRESION.

ACTORES.

Danao, Rey de Argos.
Hipermeneſtra, hija de Danao.
Linceo, amante de Hipermeneſtra.
Egina, Confidente de Hipermeneſtra.
Idas, confidente de Danao.
Erox, confidente de Linceo.
Egiſto, Capitan de la guardia de Danao.
Guardias y pueblo.



La scena se figura en Argos en una sala del palacio de Danao.

ACTO I.

SCENA I.

Hipermeneſtra y Linceo.

Linc. EN fin, Hipermeneſtra idolatrada,
ya luce el feliz dia, en que himenéo
va à coronar en Argos mis ardores;
yo, ſin embargo, receloſo tiemblo:
conturbado mi amor, guſtar no puede
de tranquilo placer, gozo ſereno.
Si yo no debo vueſtra amable mano
ſino al tratado: en fin, ſi vueſtro pecho
no ſubſcribe guſtoſo à nueſtro lazo,
y gime de la dicha à que yo anhelo,
mucha deſgracia turba mi fortuna.

Hip. ¿Que yo gima, Señor? No: mis deſeos
todos eſtán cumplidos: nueſtros padres
en eſte dia ya ſe reunieron.
El trono de la paz, que nueſtros males
alejaron de aqui tan largo tiempo,
vuelve à fijarſe en Argos, y ſe erige
ſobre el altar del plácido Himenéo.
No es el bien de la patria ſolamente
el que tanto intereſa mis afectos:
muchos motivos me hacen venturoſa:
yo os eſtimo, Señor: mirad ſi puedo
gemir de nueſtro enlace.

Linc. ¿Qué, Señora,
pudierais olvidar mi furor ciego?
¿ſeré yo tan feliz, que à vueſtros ojos
mas lagrimas no cueſte? ¿vueſtro pecho
ya no me imputará tantos eſtragos,
que mi brazo infeliz en eſte pueſto
ſe vió forzado à executar furioſo?
Y por fin, ¿puede mi arrepentimiento
hallar diſculpa en tanta tiranía?
¡A qué rapto apacible y alagueño
me haceis paſar deſde el afán mas duro!
ah! ¡ſi eſte miſmo plácido momento.

en que me haceis dichoso, ser pudiera
presagio de un destino mas sereno!
si quando lleno del amor mas puro,
os consagro un tributo fiel y eterno,
mi corazon osára lisonjearse,
q̃ un dia... mas, Señora, ¿vuestro aspecto
se muda de repente? Qué, Señora,
el amor de Linceo, su respeto,
habrán podido enternecer vuestra alma,
ò es que os ofenden mis amantes fuegos?
¿Se han prometido mucho mis ardientes,
y vivas esperanzas? ¿Mas qué es esto?
¿No quereis responderme.

Hip. Muchas veces
suele ocultarse un amoroso fuego,
que sin rubor pudiera...

Linc ¡Hipermenestra!

Hip. Señor, quizá mui prontos mis afectos...
¿Pero no sois vos mismo quien de mi alma
habeis ahora arrancado un sentimiento,
que esconderos no pudo? Mi ternura
se ha declarado: mi amoroso incendio,
creyendose de vos ya penetrado,
à vuestros ojos se ha mostrado entero.
Pero no me arrepiento.

Linc. ¡Grandes dioses!
¿Qué es lo que llego à oír? ¿A qué contento,
à qué placer extatico, y amable
el gozo me transporta? ¡santo cielo!
para dicha tan grande, apenas basta
todo mi corazon: ¡amable dueño!
¿es verdad? ¿Qué bondad inesperada
os hace favorable à mis deseos?
¿Ya no soi para vos objeto odioso?

Hip. Linceo, lo habeis sido en otro tiempo;
y tal vez este error, ò nuestro enlace,
y vuestro amor en fin, q̃ he descubierto,
los estimulos son, que apresuraron
la confesion que os hice de mi afecto.
Perdonadme, Señor: me engañó el odio:
oprimido mi padre por el vuestro,
y privado del trono, que debia
partir con él en Menfis, salió huyendo;
y viendose obligado à buscar triste
algun asilo en estrangero suelo,
su ardiente corazon habia jurado
un odio inexôrable, que el exceso
de los crueles ultrages hizo justo;
pero su enemistad no paró en esto.
Vos vinisteis tambien con vuestras tropas
à combatirlo en sus estados nuevos:
vuestra mano violenta y sanguinaria
encender pretendió de un himeneo
las antorchas fatales que mi padre
no queria sufrir. Yo en aquel tiempo
lleno de horror, en vos solo veía
à un implacable y barbaro guerrero,
que el primero de todos se arrojaba
à los mas crueles y feroces hechos:
jugad, pues, si la mano huír debia:
yo, victima infeliz, mas que a su lecho,
al carro de su triunfo destinada:
yo, que iba à ser de su furor el precio;
y yo en fin, que oprimida de la guerra,
mas temia las paces; vos, sangriento,
esforzais el asalto à nuestros muros,
y pareciendo intrépido, el primero
à penetrar la brecha entrais en Argos
con los hermanos vuestros: yo creyendo
ver en vos un tirano, miré un heroe;
yo vi que vos, virtuoso, afable, y lleno
de compasion, mirabais con verguenza
vuestros mismos laureles, y que tierno
odiabais el furor de vuestras armas.
Con tan nobles y heroicos sentimientos;
fué preciso que mi alma conociese
todo el error de su primer concepto.
Ah! quan feo es el odio: quan culpable
quando se abjura; ¡y cómo à vuestro aspecto
mi corazon, Señor, menos injusto,
detestaba su error!

Linc. Solo ese bello
piadoso sentimiento de vuestra alma
me hubiera consolado; si perderos
me hubiera hecho el destino: mas, Señora,
ahora voi à ser vuestro. ¡Santos cielos!

¿Des-

¿Despues de todas mis horribles furias,
en este dia venturoso obtengo
lo que apenas merecen mis servicios?
¿Y quando con castigo el mas severo
me debierais tratar, no solamente
consentis resignada en mi contento,
si que os debo à vos misma, y no al tratado?

Hip. No lo niego, Señor: piadoso el cielo
me hace querer un nudo que dispone:
si: la necesidad que con el peso
de su manò nos tiene doblegados,
baxo un yugo tenáz de duro acero:
que obliga muchas veces à nuestra alma
à que reciba con desdén y tédio
un destino que hubieramos querido,
si ella no lo tubiera ya dispuesto:
esta tirana en fin, sobre mi ahora
solo tiene un poder mui lisonjero.
Ella fija mi dicha, quando intenta
inponerme este enlace, y no me acuerdo
de que Argos fué forzada: Argos sin duda
cedió à su vencedor y yo à Linceo.
¡Pero, ay dioses! ¿un nudo tan felice
lo ha de ser solo para nuestros pechos?
Yo he visto à mis hermanas, y en su frente
reynando estaban los disgustos negros.
¿Por qué, pues, con los ojos que yo os miro,
ellas no ven à los hermanos vuestros?
Puede el odio, à lo menos, respetando
vinculos tan sagrados, de himeneo
no obscurecer las teas: para siempre
dure la paz, y reine este consuelo
que acaba de nacer.

Linc. ¿Pues quien pudiera
desterrarla de aqui? Ya verán presto
vuestras hermanas en la cruel memoria
de tanto mal, los daños y los riesgos
del veneno fatal que el odio vierte.
¡Afecto atróz! ¡horrible sentimiento!
¡Pasion que es tan funesta y enemiga
del que aborrece, como de su objeto!
Ah! debiles humanos, de que males
circundados os veis. No estais contentos?
¿Quereis tambien al odio abandonaros?
Desterrando las iras, los recelos,
y el odio vengador, la amistad santa,
debiera consolar al universo;
pero en fin, el tratado que en la brecha
tan religiosamente habemos hecho,
en los santos altares va à firmarse,
y aunque tal vez no sean lisongeros
para vuestras hermanas estos nudos,
no por eso lés son menos estrechos,
y no es creíble... mas Danao viene.

SCENA II.

Danao, Hipermenestra, Linceo y guardias.

Dan. Todo, Señor, se queda disponiendo:
los altares se adornan con presteza:
y los fieros rencores de mi pecho
se acabaron por fin: Argos respira,
y desterrando su pasado miedo,
con impaciencia alborozada espera
mirar los himeneos, que mui presto
me unen con vos y mis demás sobrinos.
Vos esos muros os habeis abierto:
ese templo tambien yo os he cedido;
pero ahora voi à daros otro exemplo,
que es vencerme à mi mismo generoso,
y quizá le debeis tanto à este esfuerzo,
como à vuestro valor y à la fortuna.

Linc. ¿Señor, podeis dudar que mi respeto
no corresponda ardiente à los favores
con que os dignais honrarme? Ojalá el cielo
me hubiera hecho deber esta ventura
à vuestra voluntad, y no al acero.
Yo os hablo asi en mi nombre, y el de un padre
à quien un odio cruel por largo tiempo
separó de su hermano, y que ahora quiere
vuelva su sangre à unirse en lazo estrecho.

Ay, Señor! que ſe acaben los diſguſtos;
que deſde oi pueda ver el mundo entero
al Inaco y al Nilo correr puros.
Vos habeis viſto como yo no tengo
deſconfianza alguna: que mis tropas
he deſpedido ya, ſin que ſu efecto
el tratado tubieſe todavia:
yo he ſalido por vos de aquel ſendero,
que ſiguen comunmente los Monarcas.
Me pareció, Señor, que eſtos recelos
deben ſer vengonzoſos entre Reyes,
porque quando el honor hace el concierto,
con la palabra baſta; y he creído,
que ſi la buena fé del univerſo
ſe deſterrára, toca à los Monarcas
darle un aſilo dentro de ſus pechos.

Dan. No hubieran ſido juſtos los temores:
la deſconfianza es hija del deſprecio:
el odio ſolamente tubo parte
en nueſtras diſenſiones; y eſte menos
ſuele irritar, que ofenden las ſoſpechas.
Egipto vuelve al Nilo ſatisfecho,
y ſin mas enemigos, que vecinos
de ſu poder celoſos, cuyo esfuerzo
va à prevenir, ò reſiſtir ſu brio.
Vos habeis viſto con que amante afecto
le dí mis fieles ultimos abrazos.
Teſtigo ſois, Señor, de que ſincero,
no oſando detenerle en eſte ſitio,
me deſpedí como un hermano tierno;
y vos ſabeis tambien, que votos hice
por ſu viage, y ſus proſperos ſuceſos.

Linc. El tambien os dexó todos ſus hijos.

Dan. Eſto ha ſido cumplir con mis deſeos,
y eſto prueba tambien, que en nueſtras almas
los antiguos diſguſtos ſe extinguieron.
Mi querido Linceo, que renazca
otra vez la amiſtad en nueſtros pechos.

Linc. Ay, Señor! ſi una union tan apacible
querreis ver renacer, ved en Linceo,
de Hipermeneſtra al fiel y tierno eſpoſo.
No ſolo de un amable parenteſco
nos une el eslabon: no ſolamente
de ſer vueſtro hijo la eſperanza tengo,
ſino q̃ ardiente à Hipermeneſtra adoro.
Juzgad, Señor, del jubilo y contento,
que inſpirar debe en tan amable dia
à un amante, que lleno eſtá de fuego,
un himeneo ſanto por sí miſmo,
y à quien hace mas ſanto el amor tierno.
Si; yo juro à los dioſes y à la llama
que el corazon me ocupa, que mi afecto
la hubiera preferido à todo el mundo.
Vos os dignais, Señor, el lazo eterno
atar con vueſtra mano: ah! mas dichoſo
ſoi yo de ſerlo con el guſto vueſtro:
dioſes! ¡qué encanto para mi llamaros
con el nombre de padre! ¡qué contento
querer à quien ſe debe reverencia!
Ay, Señor! eſperad de mi reſpeto
quanto pide un afecto agradecido.
Ya no podeis odiarme, ni yo creo
que deſconfieis de mi, pues coronando
mi ardiente llama con mi dulce dueño,
vueſtro eſclavo me haceis; y en tanta dicha
yo parecer el obligado debo,
y vos, Señor, el ſolo generoſo.

SCENA III.

Danao, Hipermeneſtra, Linceo, Idas y guardias.

Dan. Y bien, Idas?

Idas. Señor, ya el ſacro fuego
arde en el templo, y la brillante pompa
que reſplandece en él, es para el pueblo
un objeto de gozo y alegria.
Se eſpera eſte eſpectaculo ſoberbio
de tantos hijos reales, deſtinados
à vueſtras reales hijas, que van luego
dos eſtados à unir y dos familias.

Dan. Id, pues, voſotros dos: ſed los primeros,
que lleneis tan felices eſperanzas:
apreſuraos à llegar, haciendo

que

que los demás os sigan: ya advertidos
están los grandes: ocupad los puestos,
que ya iré yo siguiendo vuestros pasos.

SCENA IV.

Dánao è Idas.

Dan. Idas, quedate aqui. Todo lo espero
de ti, querido amigo: ahora es forzoso
que sirvas à tu Rey.
Idas. Mi ardiente celo
os debe ser, Señor, mui conocido.
Dan. Ya viste que de aqui salió Linceo:
¿pero sabes que suerte les preparo
à él y à sus hermanos?
Idas. Mi respeto
solo sabe que al templo se encaminan.
Dan. Si; mas van à la muerte desde el templo.
Idas. Qué, Señor!... esta union... este tratado...
esta paz?...
Dan. Esta paz, acá en mi pecho
es una tregua, pero mui terrible.
Yo quiero ensangrentarla, y que sus fuegos
excedan los furores de la guerra.
Tu conoces à Egipto y su odio eterno.
Tu observaste del Nilo en las orillas
sus pérfidas astucias y manejos.
Al pueblo engañar supo. ¡Vergonzosa
infelice memoria! Aquel soberbio
me arrojó del Egipto y de su sólio:
yo corrí hácia el Inaco, y mi ardimiento
ganando aquel pais, se erigió un trono,
en que reynó, sin encontrar sosiego
mi pecho enfurecido, viendo siempre
à un pérfido, à un tirano, y discurriendo
el modo de arruinarlo. Ahora él mismo
à mi venganza ofrece el mejor medio.
Sentado el insolente en el augusto
trono de Menfis, tiene atrevimiento
de ofrecerme por yernos à sus hijos.
Yo desprecio la paz y casamientos:
su orgullo se enfurece, y à sus hijos
su inexôrable rabia tiene aliento
de pedir mi cabeza, ò estas bodas.
El los arma, los insta, y aun con ellos
entra tambien él mismo; y entretanto
que reinan los horrores y el asedio
por fuera de estos muros, que rabioso
ataca con ardor, fomenta diestro
en el seno traidor de la infiel Argos
de las facciones el feróz incendio.
El es Idas, mi barbaro enemigo:
lo es desde la niñez; y en aquel tiempo
ya parece que yo lo adivinaba.
El me ha hecho sufrir un cruel destierro:
él me vino à sitiar: yo le he cedido:
prometí conformarme à sus intentos;
mas todo fué para mejor vengarme:
para saciar mejor mi rencor fiero.
Ya de Argos se ausentó: yo soi quien ahora
le ha suscitado el enemigo nuevo,
cuya pronta invasion recela tanto.
Asi alejarlo conseguí sin riesgo.
Pero, Idas, yo lo alejo con designio
de herirle mas: de mantener cubierto
mi furor vengativo, y à mi gusto
destrozar en sus hijos al perverso.
Solo negras y fúnebras antorchas
ha de tener para ellos himeneo;
y esta funesta noche, en que se casan,
les servirán de túmulo sus lechos.
Idas. ¡Qué escucho, santo Dios! mi celo tiembla
por ellos, y por vos à un mismo tiempo.
¿Pues qué, Señor? Pudierais sin peligro...
Dan. Oye, y te asombrarás. Bien considero,
que no puedo mandar darles la muerte.
La fuerza abierta tiene muchos riesgos;
y si quiero valerme de asesinos,
siendo precisos muchos, el secreto
no estubiera entre tantos mui seguro.

Las

Las flechas que ahora dispararles quiero,
caerian sobre mí; pero, Idas mio,
para asestarles golpes mas certeros,
para herir sin temor, ya halló mi saña
mas prontas tramas, mas seguros medios:
Yo armo en secreto contra sus esposos
à sus mismas mugeres. ¡Qué contento,
Idas mio! ¡Qué triunfo tan gustoso!
¡qué alegria es destruirlos, deshacerlos
por medio de las manos, que ellos mismos
forzaron à unos nudos tan violentos!
¡Qué agradable placer! ¡qué regocijo
he de tener en castigar sangriento
su insolente osadía, desplomando
sobre ellos los altares de himeneo!
así me vengaré del cruel Egipto;
y si de un Rey no es este digno medio,
lo es de un hermano que se vé ultrajado.

Idas. Pero, Señor, si acaso à vuestro intento
rebeldes vuestras hijas desconciertan....

Dan. Ya de todas estoi mui satisfecho
menos de Hipermenestra: juran todas
abrazar mi venganza, y con leal celo
me han prometido su oficiosa mano.
Estas bodas miraron desde luego
con grande repugnancia: así con gusto
servirán à mi furia y su deseo.
Pero voi à explicarte otro designio,
en que me has de servir. Su mucho tédio
no es fiador tan seguro, que en él pueda
confiarse mi furor. Los nombres tiernos
de himeneo y de esposo bien pudieran,
haciendo infiel traícion à mis proyectos,
al descargar el golpe helar su mano;
pero yo las he dicho: ,, Un alto excelso
,, oraculo infalible de los dioses,
,, por la mano de uno de sus yernos,
,, à perecer condena à vuestro padre.
,, De la muerte que tanto está temiendo
,, solo salvarle puede vuestra mano;
,, y quien la vida os dió, por vuestro medio
,, debe obtener la suya. En este caso,
,, escoged entre un padre amante y tierno,
,, y un marido de un dia, que sin duda
,, odioso os debe ser". Yo pinté luego
estos golpes crueles mas precisos.
Fingí ver con horror su hado funesto,
y el mio, que à tal acto me forzaba.
De mis victimas mismas lloré tierno
los miseros destinos y las dixe:
,, Yo no puedo vivir, si viven ellos."
En sus semblantes casi desmayados
del furor brilló entonces todo el fuego;
y yo con prontitud reparto à todas
puñales vengadores, que ya ha tiempo
afiláron mis iras y venganzas.
Sus tiernos corazones ya serenos,
lejos de conturbarlos todavia
aquel fuerte, y voráz remordimiento,
se figuraban este asesinato,
como acto de virtud mui verdadero.
Pero, Idas, porque logre mis designios,
sin temor de quedar expuesto al riesgo,
es necesario que mi astucia logre,
mas que à mis hijas, engañar al pueblo.
Muestra aqui tu lealtad. Un Sacerdote
que sirve à mis ideas en secreto,
à mi ruego, y ofertas ha vendido
su voz, su honor, y hasta sus dioses mesmos.
Piensa tú en ayudarle, y que mañana
se diga en Argos, que su Rey supremo
se ha vengado por fin; pero que justo
lo autorizó con su decreto el cielo.
Harto rubor me cuesta el exponerme
à los ojos de todo el universo,
como un principe uncido al yugo indigno
de la supersticion; mas mi despecho
sacrifica al rencor que me consume,
hasta el orgullo de mostrar mi pecho
menos crédulo y vil à todo el mundo.
Para cegar y subyugar al pueblo,

mu-

muchas veces, amigo, es necesario
sin ser como él tan débil parecerlo.
Idas. Vos conoceis mi fé; pero quien sabe
si Hipermenestra...
Dan. Dexa ese recelo.
Hipermenestra me será obediente.
Como está todavia en años tiernos,
tímida y vergonzosa, no se atreve
à mostrar su aversion al himeneo,
y somete su frente resignada
à un yugo, que precioso está creyendo.
Pero el grande respeto que me tiene,
y de mis otras hijas el exemplo,
harán que tambien sirva à mis furores.
Yo venia à buscarla; mas Linceo
la hablaba en sus amores; y ella muda,
ni despreció, ni agradeció su afecto.
Pero si me engañára, si mi hija
serme desleal osára, yo no temo
que este unico enemigo se pudiese
libertar de mi saña, y hai mil medios
que me asegurarian de su muerte.
Vamos, vamos al templo, que ya ha tiempo
que esperandome están. De aqui à una hora
debe mi hija venir ácia este puesto,
donde la quiero hablar. Está avisado.
Haz con arte alejar de aqui à Linceo;
y en fin, Idas, silencio, porque partan
el relampago y rayo à un mismo tiempo.

ACTO II.

SCENA I.

Hipermenestra y Egina.

Egin. ¡Ay! Perdonad, Señora, la terrible
turbacion en que estoi. Abandonando
el altar, ¿donde vais?
Hip. Mi padre, Egina,
que aqui venga à esperarle me ha mandado.
¿Qué puedes recelar de sus discursos?
Egin. Todo me dá terror y sobresaltos
y mi alma ignora, si por vuestras bodas
es razon que le dé gracias al hado.
Mi corazon à mi pesar concibe,
no sé qué tristes funebres presagios.
¿Vos no sentis tambien algun anuncio?
Apenas en los toros inmolados
el golpe ha dado la cuchilla sacra,
quando la sangre, que iba ya brotando,
helada se quedó en sus mismos senos.
Los consultados pajaros sembraron
con un tremulo vuelo los terrores.
El aire obscurecido se ha mostrado
con espantosas y sangrientas nubes.
Por tres distintas veces se apagaron
del altar magestuoso las antorchas.
Arden la llama y el incienso sacro;
pero parece que el activo fuego
lo consumia, como disgustado;
y parece tambien, que hasta los vientos
de acuerdo con la llama, separaron
de los altares el odioso incienso.
Tambien ha habido algunos que han notado
al Dios del himeneo, que salia
con la frente cubierta huyendo de Argos;
y que Juno tambien en una nube
nuestros muros dexó desamparados,
haciendo ver que se tramaba en ellos
algun cruel horrible asesinato.
Hip. Anda, querida Egina, nada temo,
nada à mi corazon le causa espanto:
credulo el vulgo se figura objetos,
de que concibe mil terrores vanos.
Lo demás se ha ofrecido à nuestra vista,
con tan inciertos y dudosos rasgos,
que ni turbarme, ni entibiarme deben.
A decir la verdad, estos presagios
los observé mui poco. Yo iba, Egina,
à unirme con mi amante en tierno lazo,
y mi amor lo creyó todo propicio;
pero quando otro nudo menos grato,
y que embargára menos mis potencias
me

me llevára al altar, yo sin espanto
ni miedo, hubiera visto esos objetos,
que el pueblo erige crédulo en presagios.
El acaso à mis ojos jamás debe
por prodigio pasar. Nunca he pensado
que pueda interrumpirse por nosotros
la inmutable constancia de los hados.
A los dioses tampoco hago la injuria
de pensar, que en tan futiles acasos
descubren del destino los secretos;
ni que usando de medios tan errados,
la verdad abandonen al prestigio
y la tierra al error. Yo he observado
de mi padre en el rostro, amada Egina,
la fé y la paz. Tus ojos se engañaron
en el faláz exâmen, con que estudia
à la victima sacra el sobresalto.
La verdad, ò se oculta, ò se presenta
en los rostros de todos los humanos;
y esta luz solamente en los afectos
de esperanza y temor puede guiarnos.

Egin. Quiera el cielo que todos mis temores
sean solo ilusion.

Hip. Mas tu al contrario,
solo debes pensar en la indecible
fortuna de mi amor. ¿No has observado
qual es de las Princesas el destino?
Nacemos en un cielo que dexamos
para reynar en otro. A cada instante
nos hacen adoptar afectos varios.
Parece que el amor y la fortuna
de nosotras se van siempre alexando.
Esclavas destinadas solamente
à la causa comun, con aparato
sobre un trono estrangero desterradas,
si algunas veces somos dulce lazo,
que la paz de los Reinos establece,
este infeliz honor pagamos caro;
porque quando se funda en nuestras bodas
el bien universal de los humanos,
el reposo que damos, lo perdemos.
Pero, Egina, el destino me ha tratado
con modo mas propicio y venturoso;
y esta razon de estado, que en mil casos
suele sernos fatal, es la que ahora
me pone de mi amante entre los brazos.
La paz entre mi padre y entre Egipto
es forzada: lo sé; por eso he estado
con terrible temor hasta el instante
que vió el altar nuestros estrechos lazos.
Però estando concluído el himeneo,
no me queda temor, ni sobresalto.
Ahora será la paz entre nosotros
mui permanente y firme. En otros casos
suele fundarse en cosas mui inciertas,
y la fuerza se elude de un tratado,
mudando la politica y sus leyes;
mas nunca muda el himeneo santo:
es firme, es permanente, y asi debe
dar à las paces su caracter sacro.
Aun quando el odio ardiente de mi padre
mas se obstinase con furor tirano,
habiendo permitido nuestras bodas,
está él mismo à la paz encadenado.
No, Egina, en este dia nada puede
alterar un placer tan puro y grato.
Mi dicha es cierta, y ya soi venturosa.
Pero alguien viene aqui: será Danao?

Egin. Si, Señora, el Rey es.

Hip. Pues vete luego.

SCENA II.

Danao y Hipermenestra.

Hip. Señor, aqui os espero, y mi conato
estaba ya impaciente por serviros.
Vos sabeis que mi amor mui resignado
es obediente y fiel à vuestras leyes.

Dan. Esa misma obediencia es la que aguardo.
Esa fidelidad es la que ahora
en ti busco.

Hip. Mi padre y soberano

pue-

puede mandar à su hija quanto quiera.
Yo agradezco à los cielos, que premiando
mi ferviente intencion, al fin las paces
entre vos y entre Egipto hayan formado.
Mas no temais, Señor, que à Hipermenestra
la haga olvidar jamás el nuevo lazo
de lo que debe à vos y à su familia.
Vos siempre la vereis humilde, tanto
como à su mismo esposo, y...

Dan. Ya te acuerdas
que en este mismo sitio donde estamos
todo cedia à sus furiosos golpes,
quando por detener su feróz brazo
me fué fuerza ofrecerle tu himeneo.
Linceo es tu marido, y sus hermanos
vencedores, por via de conquista
à tus demás hermanas han ganado.
¿Piensas tú, que unas paces, que un ajuste
que de violencia nacen, sean alto
irrevocable apoyo de una alianza?
Mi rabia lo firmó, porque vi alzado
el puñal contra mi, pero, hija mia,
la guerra dura, pues el odio guardo.
Yo pudiera, no obstante, mis injurias
facilmente olvidar: cediera acaso
sin murmurar de mi cruel destino;
pero quando tu padre desgraciado
debiera creer, que todos sus ultrajes
parasen en tan miseros quebrantos,
ahora se halla con crueles enemigos,
con parricidas fieros y tiranos,
que maquinando están contra su vida.

Hip. ¿Y quienes son, Señor, esos malvados?

Dan. Mis yernos.

Hip. Santo Dios!

Dan. Piadoso el cielo
à mi ciega confianza ha iluminado,
para evitar mi muerte con la suya.

Hip. O cielo! !ò santo cielo!

Dan. ¿Estás temblando?

Hip. ¡Qué es lo que oyes, muger desventurada!

Dan. Veo que te horroriza un atentado
tan cruel como injusto, y cada acento
va tu horror por instantes aumentando.
Sin duda, que à la fiel naturaleza
oye tu corazon, y que te ha hablado
por un amante padre: sí, bien veo
que te aflige un peligro tan cercano,
mucho mas que à mi mismo: yo he previsto
tu turbacion, tu amor y sobresalto,
y veo en ti de una hija los afectos.
Ahora, pues, es el tiempo: hija, vamos:
ven y salva la vida de tu padre,
pues al valor recurro de tu mano.
Ya puedes figurarte, ya adivinas,
que victima te pide mi cuidado:
toma, pues, hija mia, toma osada
este puñal, y con resuelto brazo
sacrifica à Linceo à mis furores.

Hip. O traicion! ò delito no escuchado!

Dan. Template, Hipermenestra: ya el delito
he logrado impedir, que embarazarlo
sabrá tu leal afecto: tus hermanas
prontas están tambien à igual mandato,
y se han armado ya para vengarme:
espero el mismo oficio de tu brazo.

Hip. Qué! Mis hermanas? Qué! Su brazo puede::-

Dan. Ahora salen del templo à executarlo:
ve tu tambien, Hipermenestra, y dáles,
ò recibe el exemplo, que el malvado
Linceo espire en esta misma noche.
¿Mas tu apartas los ojos?

Hip. Cielo santo,
qué horror me dá el oírlo!

Dan. ¿No respondes?
¿Acaso mi esperanza se ha engañado?

Hip. ¿Sois vos el que me hablais?

Dan. ¿Y eres tu misma
la que vacila así?

Hip. ¡Dioses sagrados!
¡contra un esposo dirigir los golpes!

Dan. ¿Y te atreves à dar nombre tan santo
à quien es mi enemigo?

Hip. ¿Y yo pudiera
juzgar que sirvo à un padre, levantando
una mano cruel y sanguinaria
contra un esposo tierno y engañado?
¿Pudiera armarme la naturaleza
contra el santo himeneo? ¡Crueles hados!
à un tiempo de los dos fuera el oprobio.

Dan. Perfida! ¿sin rubor y sin recato
te niegas à vengarme, y ya de acuerdo
con los impios te pones à su lado?

Hip. Ay, Señor! Dad piadoso à mi respeto
ordenes mas benignos, mas humanos,
leyes que mi virtud aprobar pueda.
Padre mio, dexad un temor vano:
pensad à quien quereis que vuestra hija
sacrifique inhumana: pensad quanto
debe olvidar de leyes y virtudes:
quantos debe romper vinculos blandos:
quantos debe violar derechos sumos,
promesas dulces, juramentos santos.
No, no, mis ojos no han de ser testigos
de tan fiera traicion y asesinato.
Qué! admitir sin piedad à tantos yernos,
para victimas tristes y engañarlos,
para mejor asegurar su muerte!...
No: vos mismo, Señor, en este caso
no sabeis lo que haceis: os ciega ahora
vuestra pasion: pues qué, por mas airado
que vuestro pecho esté, ¿pudierais verme,
sin palpitar de horror, sin erizaros,
sacar del seno de mi yerto esposo,
con barbaro furor encarnizado,
chorreando sangre, y con el brazo inmundo,
esta mano cruel; la misma mano,
que ahora poco delante de los dioses
le entregué con los votos mas sagrados?
¿Qué consuelo esperais? ¿qué dulce calma
de tan terrible y barbaro atendado?
¿Podreis sufrir la imagen espantosa
de su muerte infeliz sin sobresalto?
Por heroico que sea vuestro aliento,
¿soportará con animo esforzado
mi feróz rabia, mis discursos crueles,
mis lagrimas, mis gritos, mi quebranto,
vuestros remordimientos y los mios,
los viles epitetos y dictados,
que aplicaria à vuestro odioso nombre
el universo en lagrimas bañado?
Es serviros, Señor, no tener ahora
obediencia tan ciega à ese mandato:
mis hermanas no os aman, si lo cumplen.
Padre mio, escusadles tan amargo
necesario dolor; y mas sensible
de vuestra hija à la piedad y al llanto,
apartad esos golpes de Linceo:
apartadlos tambien de sus hermanos:
dexad un cruel designio, que à vos mismo
debe ser mui fatal. Padre adorado,
en nombre de los dioses...

Dan. Son los dioses
los que me han dado el orden soberano
de derramar la sangre de los impios.
Habló por ellos su Ministro sacro,
y no es tu padre el que te habla ahora:
la voz del cielo escuchas por sus labios,
que te inspira y te dicta sus preceptos.
¿Quieres poner obstaculo à sus altos
decretos inmutables: ò deseas
ver mi muerte à tus ojos? ¿Tu conato
es que se cumpla el triste vaticinio;
ò pretende por fin tu amor insano
mirar por un marido de un instante
el pecho de tu padre destrozado?

Hip. No me opongais, Señor, esos peligros
que ha dictado un oraculo mui falso.

Si un verdadero riesgo amenazára
vuestra preciosa vida, al cielo hago
testigo de que luego à su socorro
mi padre me veria ir volando,
que à través de mil muertes le librára,
y mui feliz, si por ponerlo en salvo
lográra derramar toda mi sangre.
¿Mas, Señor, dónde está peligro tanto?
¿Qual es vuestro temor? Porque un maligno
Sacerdote impostor dicta malvado
oraculos que forja, ¿vos sumiso
temblais su anuncio sin examinarlo?
¿Esa divina inspiracion que finge:
ese rostro feróz y encarnizado:
ese furor divino: esos cabellos
erizados de horror, que él llama santo:
esas ojeadas fieras y espantosas:
esos sones de voz no articulados,
podeis vos respetar solo un momento,
siendo los aparatos de su engaño?
¿Visteis que la verdad en él habite?
¿El impostor qué dixo? ,, Que Danao
,, ha de morir por mano de sus yernos;
¿y de donde lo sabe? ¿Al temerario
quien le ha dado hasta aqui el cruel derecho
de hacer à uno infeliz y à otro culpado?
La virtud de Linceo firme y pura,
es, Señor, la que debe aseguraros:
su corazon es grande, y sus virtudes
no dependen del tiempo, ni los hados.
¿Qual fuera nuestro misero destino,
si vosotros, ¡ò dioses sacrosantos!
nos pudierais forzar à ser culpables?
¿Si la virtud de todos los humanos
fuera un dón vacilante, qué à su gusto
darnos pudiera el cielo, ò arrancarnos?
Si la suerte, por fin, de los mortales,
à quienes ella siempre está animando,
fuera hacer las virtudes mas sublimes,
temblando en el temor de ser malvados::-

Dan. ¡Con qué lastima escucho los errores
à que tu corazon se está arrojando!
Tú me juzgas perdido, Hipermenestra,
y eres la que te pierdes sin reparo.
Tus discursos me irritan, y desprecian
de los dioses el organo sagrado.
Tú no quisieras creer el santo aviso
que me han dado los cielos; ¿pero acaso
piensas aniquilarle con no creerle?
¿No has visto muchas veces, no has notado,
que la muerte, y desgracias verifican
del oraculo avisos despreciados?

Hip. Ay, Señor! no hai oraculo en el mundo
que pueda con razon creerse mas falso,
que el que quiere infamar à un alma noble;
y si cumplir tal vez se han reparado
oraculos siniestros è infelices,
consiste en que la imagen de los daños,
el ferviente deseo de impedirlos,
la turbacion, el miedo y el espanto,
con el aviso hicieron el suceso.
No lo dudeis: los débiles humanos,
siempre curiosos, vacilantes siempre,
son los que à estos oraculos forjados,
todo el credito dán: es la flaqueza
la que consulta, y cumple el sobresalto;
pero ya es esto detenernos mucho.
Que parezca à mi vista ese falsario,
esa lengua vendida à la mentira,
que sobre vos intrepido, tomando
tan funesto ascendiente, astuto quiere
poderos persuadir, que os sirve grato,
quando infiel, y traidor os intimída.
Ese vil impostor, que está intentando
que el odio destructor ahora renazca
de su ceniza fria: que inhumano,
è irritado tal vez contra los yernos,
pretende por el suegro exterminarlos:
que por tan cruel os tiene, que pretende
buscar por instrumento vuestra mano.
Ese traidor, en fin, que à otros supone
los delitos, y él solo es el malvado:
que venga, que parezca: yo prometo

 mos-

mostrar à vuestra vista sus engaños.
Temed, Señor, temed: mas temed solo
creer à un impio ministro; y obstinado
un designio seguir, que vuestra gloria
manchará aun en los siglos mas lejanos,
y armará contra vos à todo el mundo,
à los hombres y dioses irritados.

Dan. Ya es esto demasiado, Hipermenestra,
y mi bondad se cansa: bien reparo
que es tu amor quien te inspira esa osadia;
ese indecente amor, amor villano,
que te hace à un tiempo cruél, desconocida
y rebelde à mis ordenes sagrados;
mas tu conducta reglará la mia.
Ya se te hace aqui tarde: estás deseando
que tu padre se vaya, para pronta
ir à salvar à su enemigo odiado;
pero voi à mandar, que vigilantes
no se aparten un punto de tus pasos.
Yo mismo he de observarte: de Linceo
sé lo que he de ordenar: tiembla entre tanto:
tiembla por él, por tí, por tus amores.
Esos amores viles è insensatos,
témelos tanto mas, quanto sin fruto
mi secreto feróz te he declarado.
Escucha: todavia te conservo
un resto de piedad, porque te amo.
Aunque à Linceo miras como libre,
no creas que lo está: ya está en mi mano:
ya lo puedes mirar como perdido,
y no tienes arbitrio de salvarlo.
Tú me vas à irritar sin ningun fruto,
pudiendo reparar tu desacato,
y evitar mi furor: mira, resuelve,
yo te dexo pensar.

SCENA III.

Hipermenestra sola.

Hip. ¡Cielo inhumano,
de que funesto horror se cubre mi alma!
me amenaza un abismo à cada paso:
¡Qué destino tan barbaro y horrible!
¿Qué error tan pertináz, tan obstinado
le dá ira tan atróz y tantas furias?
Padre cruél! llegó por fin el caso
de que tu hija te tema, te condene,
te resista, y no cumpla tus mandatos.
Desdichada de mi! sobre mi agotan
todas sus iras los crueles hados.
A un padre irrito, y à un esposo pierdo.
Pero no, el vivirá: dolor tirano!
¡furias horribles, furias vengadoras!
¿A quien podré confiar, dioses sagrados,
mi dolor y su vida? ¡Qué socorro
puedo esperar en lance tan amargo?
¿A quien podré acudir entre los golpes,
que va à dar el furor? ¿Pero qué hago?
¿Yo delibero tibia, quando instante
no tengo que perder; quando salvarlo
à todo trance debo? Ai, fiel Linceo,
amante tierno, esposo idolatrado,
conspiran contra ti, quieren tu muerte:
si tardo mas, soi yo la que te mato.

ACTO III.

SCENA I.

El teatro está de noche y sale Linceo.

Linc. Qué! del pie del altar... ¿Qual es la causa
de tan estraña fuga? ¿Justos cielos,
que presagio tan barbaro y horrible
me turba el corazon? ¿Quando aquí vengo
à buscarla, no la hallo? ¿Yo pregunto:
titubean y guardan cruel silencio?
¿Qué puede ser? Erox me habia dicho
que Hipermenestra vino hácia este puesto

al

al ſalir del altar : que el Rey la hablaba.
¿Qué diſcurſos ſon eſtos ? ¿Qué miſterios ?
¿Me la quieren quitar ? Dioſes ! ¿Qué ira !.
Quitarmela ? ¡Ah, Rey barbaro ! Primero
que me la quiten, que Danao muera :
que caigan eſtos execrables techos,
donde ſe rompen los tratados ſantos,
y donde inſidian mis amantes fuegos.
¡Mas qué ! ¿Será poſible que Danao
me haga tan vil traícion ? No, no lo creo.
No es él capáz de trama tan horrible.
¡Union ſagrada ! ¡Santos juramentos !
¡Votos puros ! ¿Serias vosocioſos ?
Pero no puede ſer : ſalid del pecho,
vergonzoſas ſoſpechas : no es poſible :
yo me abandono mucho à unos recelos
que la razon me turban : ¿mas quién viene ?
¿Quién ſe acerca hácia aqui ?

SCENA II.

Linceo y Erox.

Erox. Piadoſos cielos !
¡Qué funeſto dolor !
Linc. ¿Qué es lo que eſcucho ?
¿Pues que hai ?
Erox. Señor, el caſo mas horrendo ;
acaban de eſpirar vueſtros humanos.
Linc. ¿Mis hermanos, Erox? ¡Dioſes eternos !
Erox. Si, Señor : vueſtros miſeros hermanos
han muerto ya por orden de ſu ſuegro,
y por la mano atróz de ſus mugeres.
Linc. ¡Qué eſcucho, ſanto Dios! ¡Qué horror tan fiero !
Erox. El lecho de himenéo ha ſido ahora
altar de un ſacrificio tan funeſto.
Al rumor que ſe eſparce de ſu muerte
corro temblando ; pero, ò Dios ! yo veo
que ya nadaban en ſu ſangre todos.
El uno arroja un grito de deſpecho:
un ſuſpiro doliente exala el otro :
eſte ſe quiere alzar, y ſin aliento
vuelve à caer otra vez y triſte eſpira:
aquel ſe mueſtra ya palido y yerto :
cadaver frio, el otro todavia
tiene el puñal en el ſangriento ſeno.
Uno ſolo eſcapado de la fiera
horrible mortandad, daba con miedo
trémulos paſos por ſalvar ſu vida.
Yo apreſurado à ſu ſocorro vuelo ;
mas ſu muger lo vé : corre furioſa :
ſe me adelanta, y le traſpaſa el pecho.
El infelice cae : reconoce
à ſu eſpoſa homicida : llora tierno,
y à la pérfida ſigue con los ojos
ya caſi moribundos. Todas luego
corren hácia ſu padre : lo rodean
y humean todavia los aceros
en ſus manos inmundas. El tirano
las abraza y aplaude ſus exceſos ;
pero impaciente de contar él miſmo
ſus victimas, à verlas vá contento,
y encarnizados ſus feroces ojos
con riſa atróz ſe ſacian placenteros
en aquel eſpectaculo execrable
de tantos yertos y ſangrientos cuerpos.
Se dice, que un oraculo ha ſervido
al furor ſanguinario de pretexto.
Venid, Señor, ſeguid mis paſos leales :
engañad la perfidia de eſte fiero
execrable enemigo, que tirano
tambien de vueſtra ſangre eſtá ſediento.
Linc. Amigo, ya es baſtante, y eſte brazo...
Erox. ¿Dónde correis, Señor ?
Linc. No, monſtruo fiero :
tú no podrás gozar... ¿Adonde corro ?
A vengar à mi padre, al himeneo,
à mi, la humanidad, los ſantos dioſes,
la vulnerada fé, los juramentos,
à la hoſpitalidad, y à todo quanto
tiene de mas ſagrado el univerſo,

y que ha ultrajado el barbaro execrable.
Si, tirano: ſi, cruél: ya en mi alma ſiento
toda tu rabia, y la emplearé contigo:
harto la he meneſter: tiembla, perverſo:
teme, palpita, que à imitarte corro.
¡Què agradable placer! con que contento
en tu vil ſangre bañaré mi brazo,
y arrancando violento de tu pecho
eſe vil corazon, ſolo nacido
para la atróz maldad, te daré fiero
todos los golpes que ordenó tu furia.

Erox. ¿Qué haceis, Señor? Dexád tan vano intento.
No os expongais à rieſgo tan ſeguro.
Vos morireis ſin duda. Huid, os ruego,
para deſpues vengaros. ¿Qué hareìs ſolo
en palacio tan barbaro y funeſto?
Vueſtros hermanos ya murieron todos.
¿Quién teneis que os ſoſtenga?

Linc. Mi deſpecho:
yo no puedo temer à eſe tirano,
y contra el vil y en favor mio tengo
eſta eſpada, y los dioſes...

Erox. Cielos ſantos!
pero penſad en que terrible rieſgo
os va à poner vueſtra impetuoſa rabia.

Linc. Erox, no me detengas.

Erox. A lo menos
permitidme, Señor, que os acompañe.

SCENA III.

Hipermeneſtra, Linceo y Erox.

Linc. ¿Qué es lo que veo? ¿Hipermeneſtra (cielos)
con puñal en la mano acá ſe acerca?
¿Viene tambien à deſtrozarme el pecho?
¿Quiere juntarme à mis demás hermanos?

Hip. ¿Si eſtará aqui?

Linc. Sí, infiel: vé aqui à Linceo:
acaba mis miſerias: inhumana:
vén, quitame la vida.

Hip. Yo la vengo *Arroja el puñal.*
à ſalvar: ¿qué decia? Crueles ſoſpechas!
¡Qué horrores, ſanto Dios! Me falta aliento.
Señor, por libertaros de la muerte,
Precipitada.
he engañado à mi padre, y eſte acero
de ſus manos tomé, porque ſu ſaña,
ſi mi brazo negaba à ſu precepto,
à ſervirſe iba de otro. Amado eſpoſo,
dexad eſtos lugares al momento,
donde ſolo ſe pienſa en vueſtra ruína.
Yo he podido forzar mi amante pecho
à que prometa vueſtra miſma muerte.
Juzgad ſi en vueſtra vida me intereſo.
Pero huíd, apreſuraos.

Linc. Tierna eſpoſa:
perdonad un inſtante de recelos
à un corazon perdido en ſus deſgracias.

Hip. Huíd, os digo, Señor: mirád, que fieros
Rapidamente.
deſean vueſtra muerte: aprovechaos
de los ſolos inſtantes, que me dieron
para daros el golpe. A eſte fin ſolo
ſe alejó de aqui el Rey. Hai un ſecreto
camino, que dirije à las murallas.
Partid, Señor: corred, que ya no tengo
mas eſperanza que en la obſcura noche,
y es ſolo vueſtra fuga el bien que eſpero.

Linc. Qué parta? Santo cielo! ¿Què eſa eſpoſa,
lo que oſais proponer à mi deſpecho?
¿Qué dexe mi venganza? ¿Por qué cauſa
teneis de mi virtud tan mal concepto?
Pues qué? ¿Lleno de horrores y de angustias,
en eſte ſitio barbaro y ſangriento,
eſtoi oyendo los gemidos triſtes
de mis hermanos, pálidos y yertos:
me veo deſtrozar en ellos miſmos,

y,

y les haré traícion ? ¿Me he de ir huyendo ?
No : yo corro à vengarlos.
Hip. ¿A vengarlos ?
¿De quien ?
Linc. ¿De quien ? del vil monstruo perverso.
Hip. ¡Ah, barbaro ! ¿Quien ? Vos? ¿Contra mi padre ?
¿Qué rabia os enagena? ¿Vos su yerno, mi esposo ? Santo Dios !
Linc. Si, contra él mismo :
sobre él caerá de mi furor el peso,
ò me hago aqui su complice. Yo iria
à los mismos infiernos à substraherlo
de sus tormentos barbaros y atroces,
para saciar en él mi ardor acerbo :
dexádme, pues.

Hipermenestra poniendose à los pies de Linceo, con los brazos tendidos hácia él, quien cae tambien en los brazos de Erox, como rendido del dolor de su muger, y de su propio furor.

Hip. Ay Dios ! Señor, templaos,
ved mis tristes angustias. Yo me echo
à vuestros pies, por vos y por mi padre.

Linceo levantandola.

Linc. Triste esposa ! ¿Tú tiemblas ? ¡Qué tormento !
ya me rindo à tus lagrimas, y miro
temblando las congoxas de tu pecho.
Pero qué ! ¿Ese asesino, ese tirano,
ese monstruo cruel, podrá sereno
destrozar mi familia impunemente ?
No, esposa, mi furor calmar no puedo.
No le defiendas mas. Dexa à mi rabia...
¿Tú me detienes, cruel ?
Hip. ¡Dioses eternos!...

Linceo con precipitacion, de modo que Hipermenestra no pueda interrumpirle.

Linc. Yo lo voi à esperar : verá mi furia,
El pérfido ! ¿Abusar de juramentos
tan solemnes y santos ? ¿A la sombra
de los altares arrancar violento
la vida à mis hermanos, destrozando
los santos nudos que texia él mesmo ?
¿Hacer servir el cielo à las astucias
de su ardid ? Y no vengas defendiendo
los furores del monstruo, à proponerme
su oraculo y sus futiles recelos
en los fieros delitos que acumula.
El no es credulo, timido, ni necio.
Es malvado y feróz. El ha nacido
para odiar implacable : para fiero
hacer atrocidades. Sabe el arte
de cometer traíciones. A su pecho
consultó solo en su barbarie horrible.
El oraculo falso fué el pretexto,
y su odio pertináz es el motivo.
Hip. No : no penseis, Señor, que tanto exceso
de rabia y de furor quepa en mi padre.
El oraculo cruel le dió recelos.
Yo he visto su terror : él no pudiera
disimular conmigo hasta este extremo;
y vos debeis en vuestro mismo odio
verle con compasion. Si : por lo menos
evitarlo, Señor.

Siempre con impetu.

Linc. No, no es posible :
su sangre ha de correr en el momento,
ò verterse la mia. Ya la trama
de su negra traícion he descubierto ;
y todos esos pérfidos afanes
que toma por perderme, sus esfuerzos,
sus vasallos, sus guardias, nada puede
detener mi furor. Solo los reos
deben temblar.
Hip. ¿Qué es esto, justos dioses ?

Como fuera sí.

Yo no sé adonde estoi : yo me enageno.
¿Pues qué ? ¿Debo estár siempre en mi miseria,
temblando de perder con hado adverso
à un esposo por mano de mi padre,

ò

ò por la de un eſpoſo à un padre tier-
no ?
Santo Dios ! ¿Quales ſon los enemigos
entre quienes eſtoi ? Pues qué ? ¿Mis
ruegos
el furor de mi padre no calmaron,
y tampoco podrán calmar el vueſtro ?
Yo arrieſgaros ? Perderos ? ¡Cielo ſan-
to !
¿Pudiera yo vivir ? ¿Mas vos violento
deſtrozar à mi padre ? ¿Yo pudiera
ſeguiros, ni ſufrir que entre mi lecho
ſe puſieſe un eſpoſo parricida ?
Pero aqui eſtoi perdiendo mucho tiem-
po
en calmar vueſtras iras, y me olvido
Mas rapidamente.
que por inſtantes crece vueſtro rieſgo.
Mirád, cruel, à que ſuerte tan tirana
poneis a vueſtra eſpoſa. Yo me muero,
ſi pereceis por mano de mi padre ;
mas ſi mi padre eſpira à vueſtro acero,
os renuncio ; ni vuelvo mas à veros.
Si luego no partis...

Linc. ¡Qué cruel tormento !
Quitame, pues, mi odio y mis furo-
res,
ya que quieres templar mi enojo fiero.
Vuelveme à mis hermanos, ò procura
ahogar en mí ſus horridos lamentos.

SCENA IV.

Hipermeneſtra, Linceo, Erox y Egina.

Egin. Ay, Señora! Señor ! qué ! ¿Todavia
eſtais en eſte ſitio ? Salvaos preſto :
no perdais un inſtante.

Hip. Egina mia,
ſalva à lo que idolatro. Adios, Lin-
ceo.

Linc. Separarnos ? No, no : vente con-
migo
à reſpirar en cielo mas ſereno.
Tú ſolo huyes de un barbaro tirano,
y ſigues à un eſpòſo amante y tierno.

Egin. Yo he viſto al Rey furioſo è impa-
ciente.
O Dios, qué horror !

Hip. Será mayor el rieſgo,
ſi vamos los dos juntos. Mui en breve
yo miſma iré à buſcaros : os lo ofrez-
co.
Lo juro por mi fé : id ahora ſolo.
Yo con quedarme aqui nada recelo,
antes podré guardaros las eſpaldas,
y tal vez encontrar podré los medios
de hacer que ſe retarden en ſeguiros.
Adios : ¿quereis perderos ? Huid, Lin-
ceo :
ſi, corred, no tardeis : ſi, ya me falta
valor para ſufrir, y yo me muero,
ſi, tiemblo mas por vueſtra amable vi-
da.

Linc. Pues bien : yo parto. A tus inſtan-
cias cedo ;
y tal vez es mejor, porque mi rabia
fuera inutil aqui contra el perverſo,
y puedo todavia de mi padre
las tropas alcanzar. Si : yo me alejo ;
pero para volar con todas ellas,
para volver con hados menos fieros,
llevarte, caſtigar un monſtruo odioſo,
y dar venganza à mis hermanos muer-
tos.

SCENA V.

Hipermeneſtra y Egina.

Hip. ¡Ay, Egina ! yo temo que ha ſalido
ya demaſiado tarde. Vete luego,
pues no te obſervan, como à mi, los
paſos.
Vé ſi ſe vá. Que Erox lo ſaque preſto ;
que lo guie ; y ſi es fuerza, que lo ar-
raſtre.
Corre, que ſon precioſos los momen-
tos.

* *
*

SCENA VI.

Hip. ¡Ah, cielo santo! yo respir o apenas.
Grandes dioses, velad sobre Linceo.
Tranquilizad mi amor. Haced obscura
esta noche cruel. Con pasos lentos
venga à alumbrar el dia sus peligros.
En estos muros tristes y funestos,
teatro horrible de furias y desgracias,
humean todavia, y se están viendo
como victimas tristes y sangrientas
los destrozados palidos objetos.
Alejád à Danao del peligro.
¡Ay, Linceo querido! .. Pero cielos!
si sorprendido por el Rey al paso...
si mirando inunda lo todo el suelo
de sus hermanos con la triste sangre,
arrebatado de tan fiero objeto,
olvidando mi ruego y mis temores,
fuera él mismo à arrojarse en tanto riesgo...
yo me estremezco, ò Dios! ¿El Rey mi padre
qué puede presumir? Yo no me atrevo
à buscarle... y aun tiemblo de que venga...
¿Mas qué gritos se escuchan à lo lejos?
¿Si se estará ya haciendo el sacrificio
que temia mi amor? Dioses, ¿qué es esto?
La vista se me turba; y en mis ojos
siento una niebla que los va cubriendo...
Apenas puedo dar débiles pasos...
mis sentidos se yelan... Santo cielo!
¿Adonde estoi?... yo veo... si... una espada...
Detente, Rey cruel, padre violento:
ten compasion de tu infelice hija.
Pero mis gritos son los que funestos
apresuran el golpe. Dioses crueles!
¿Qué es lo que viendo estoi? ¡Ay fiel Linceo!
tu sangre corre ya, y à mi me inunda.
Valedme, santos dioses. Yo me muero.

Se arroja sobre una silla, y salen Danao, Idas y guardias, que traen hachas, y Danao dice desde el fondo del teatro.

SCENA VII.

Danao, Hipermenestra è Idas.

Dan. Vamos llegando, amigos, poco à poco.
Yo oigo su voz: ella es, en sus lamentos
conozco que su brazo me ha servido;
pero alli se está inmobil, y recelo,
que su dolor la tenga consternada.
Se acerca à Hipermenestra.
Querida Hipermenestra: hija ¿què es esto?
¿Estoi obedecido?

Hipermenestra fuera de sí, quedandose sentada.

Hip. Padre mio:
vos lo veis... no hai remedio... ¡Qué violento!
¡Qué terrible dolor!... yo me separo...
muger mui desgraciada. Si... yo pierdo
à mi esposo infeliz... ¡Qué feróz rabia!..
¡Noche de horror!.. Oraculo funesto!..
Dan. Anda, hija mia. Dexa, Hipermenestra,
ese vano terror, y de tu pecho
no alteres la quietud con tan injusto,
tan tirano y cruel remordimiento.
Tù me has dado la vida y el reposo:
me has probado tu fé, tu amor y celo.
Si antes me resististe temeraria,
ya no quiero acordarme de todo eso,
porque vuelves à ser mi hija querida,
y yo te vuelvo à amar como primero.

Levanta à Hipermeneſtra en acto de abrazarla.

Ven, y olvida en el pecho de tu padre
à eſe odioſo traidor, à quien has muerto
por orden de los dioſes inmortales.
Mas qué? ¿Tú te eſtremeces en mi ſeno?
¿Eſtás arrepentida, Hipermeneſtra,
de haberme libertado de aquel rieſgo?
Pienſa, hija, ſolo en que ſalvaſte à un padre,
y abandonate al gozo y al contento.

Hip. Señor, eſtos momentos ſon terribles:
perdonad à mi llanto. Yo no puedo
detener mi dolor, y mis ſollozos
(tiemblo que me deſcubre) en tan violentos *ap.*
males como me cercan: permitidme
que me vaya à un retiro el mas ſecreto
à deſahogar mis miſeros dolores,
y à llorar un deſtino tan ſangriento. *v.*

Dan. Ahora ſi que ya gozo mi venganza,
Idas mio, ahora ſi eſtoi ſatisfecho:
mi furia eſtaba anſioſa de eſte golpe.
Para que mi placer fuera perfecto,
habia meneſter, que por la mano
de ſu muger murieſe aquel perverſo;
y eſta conformidad de Hipermeneſtra
con ſus demás hermanas, es decreto,
con que el cielo conſagra mis furores.
Pero à mi no me baſtan ſus lamentos:
para gozar mejor de mi venganza,
y que ſe ſacien: mis rencores fieros,
quiero ver por mis ojos el cadaver,

SCENA VIII.

Danao, Idas y Egiſto.

Egiſt. Señor, traícion, traícion: de ſaber vengo,
que Linceo ſe eſcapa.

Dan. ¿Qué pronuncias?
Linceo? Quien? Linceo?

Egiſt. En el momento
Erox lo ſaca fuera de los muros.

Dan. ¡Ah, barbaro inſenſato! ¿Qué es lo que he hecho?
Engaño atróz! Ah, pérfida! mis iras.
Idas, vente conmigo. Vamos preſto
à reparar mi error, porque eſta noche
quiero ſalgan mis tropas à prenderlo.

ACTO V.

SCENA I.

Hipermeneſtra y Egina.

Hip. ¿En fin, querida Egina, ya ha ſalido?

Egin. Si, Señora: Linceo ya eſtá en ſalvo.
Erox logró ſacarlo de eſtos muros,
y por ocultas ſendas lo ha guiado.

Hip. Ay, Egina! yo tiemblo todavia
del furor de mi padre. Ahora eſtá hablando
colerico à los ſuyos, y les diçe
con formidable voz, con gritos altos:
ah! que he ſido engañado: que ſe búſque
al infame traidor: ſu muerte anſio.
El ſe agita, ſediento eſtá de ſangre,
y es mayor ſu furor, mas deſtemplado,
porque ya la creía derramada,
y que han quedado ſus furores vanos.
¿Pero quien ſabe, Egina, ſi ya à eſta hora
algunas de eſas tropas de ſoldados
que han ſalido..?

Egin. Dexad eſos temores...
la obſcura noche nos eſtá ayudando.
Yo tambien por mejor aſegurarle,
para engañar al Rey, y que ſus paſos
ſe ignoraſen, traté de perſuadirle,
que mudaſe de nombre; y aun le he dado
fuera de la Ciudad, lejos del rieſgo,
noticia de un aſilo no lejano,

que descubrir no lograrán las tropas,
y antes que el dia alumbre habrá llegado.

Hip. Ay, amiga, tú dás alguna calma
à mi tormento, à mi ansia y sobresalto.
Yo lo pierdo; pero él por fin se libra.
Querida Egina, en los funestos casos,
quando infelices somos, nos parecé
fortuna superior el menor daño.

Egin. Yo temo solamente por vos misma
à vuestro padre. Qué? ¿Su pecho airado
os podrá perdonar este artificio,
que substrahe à tu barbaro conato
una victima odiosa? ¿Qué le dexa,
habiendo tanta sangre derramado,
sus terrores antiguos, y le quita
el fruto de sus pérfidos engaños?
¡Cómo se va à exhalar su rabia fiera!
¿Cómo podreis, Señora, libertaros
de tempestad tan fuerte, ni quien pueda
serviros de recurso en este caso?

Hip. Quando salvé à Linceo, de mi padre
preví todo el furor, todo mi estrago.
Yo le debí engañar. Que él me castigue:
y ahora lo temo menos, pues su brazo
contra mi solamente emplearse puede.

Egin. Ay, Señora! que el Rey se va acercando
à este mismo parage. Huíd su vista,
que entra furioso.

Hipermenestra y Egina hacen el ademán de irse, y sale Danao con guardias, que traen hachas.

SCENA III.

Dan. Vil, detén los pasos.

Egin. O rigor duro!

Dan. Obedecedme, guardias:
poned cadenas à ese monstruo ingrato.
Y tú, pues que ya buscan à Linceo
A un guardia.
fuera de las murallas, vé, y en Argos
registra los parages mas ocultos.
Tú corre las orillas del Inaco: *à otro.*
observa los caminos, los pasages
mas rudos y escondidos: id volando.
De vuestro celo pende mi reposo:
no tardeis mas: corred precipitados.
Vanse los guardias.
Pérfida, yo te debo estas mortales
funestas inquietudes: tú has librado
à mi odioso enemigo y me detestas.
Tú desprecias mis riesgos, mis estragos,
mi colera, mi amor y los avisos,
que los dioses me dán: tu pecho ingrato
me niega la obediencia, y no te basta
injuria tan atróz: me has obligado
con tu vil y ridicula impostura
à ser la mofa, el juego y el escarnio:
me prometes la sangre, que mis furias
con implacable ardor están deseando:
corres hácia la victima, y es solo
para mejor asegurarle el paso.
Quizá tambien mi muerte has ofrecido
à ese esposo, por quien me injurias tanto;
y tu rabia feróz me asesinára,
si no tubieras miedo de este brazo.

Hip. Ay, Señor! con discurso tan horrible
me haceis llenar el corazon de espanto.
¿De nosotros tan barbaro delito
podeis imaginar? ¿Pensais acaso,
que vuestra hija... que su pecho sea
capáz de una maldad? ¡Dioses sagrados!
Vos, Señor, me podeis quitar la vida;
mis alientos están en vuestra mano;
mas dexádme mi gloria...

Dan. Vil! tú gloria!
tu gloria estaba solo en mis mandatos
obedecer rendida, no insolente
en juzgar à tu padre y condenarlo.

Si la muerte qué un padre te ordenaba,
en fuerza de un oraculo ſagrado,
no era juſta, ſolo él ante los dioſes
ſeria reſponſable de eſte cargo.
Tú me has hecho traícion, muger infame:
teme à un padre colerico y airado:
teme, aleve, la pena que merecen
tus pérfidos y viles atentados:
ya te debo mirar como à enemiga.
Pero qué? ¿Quando aqui te eſtán hablando
llenas de furia mis ardientes quexas,
tu tranquila, ſin miedo, ſin eſpanto,
y aun ſin rubor, mui lejos de los juſtos
crueles remordimientos, que tiranos
debieran conturbar tu infame pecho,
ſolo ſabes tratarme con engaños;
pero no arrepentirte?

Hip. Arrepentirme?
¿De qué, Señor? ¿De un hecho tan honrado?
¿De un neceſario ardid, al que vos miſmo
forzaſteis à mi amor para ſalvaros?
¿Arrepentirme yo, quando prefiero
à tan negros feroces atentados
una accion tan ſagrada y religioſa?
¿Yo merecer que un dia los eſtraños
con mis crueles hermanas me confundan
en el horror con que verán ſus manos?
¿Qué maldiciendo ſu execrable nombre,
tambien mezclen el mio y diga Argos:
„ Hipermeneſtra, quando eſtuvo preſa,
„ manchó ſu honor: con animo bizarro
„ ſalvó à Linceo; pero de alli à poco
„ ſe arrepintió, ſu pecho amedrentado?
No lo eſpereis, Señor, en eſte dia,
lleno de tanto horror y ſobreſalto.
Yo no he ſentido las anguſtias fieras,
que ſon primer tormento de los malos;
mis hermanas ſon ſolo las qué deben
de aquellas furias ſer funeſto blanco,
de los remordimientos triſte preſa,
y tener ya ſu pecho deſtrozado.
¿Pueden ellas gozar paz y repoſo:
ellas, que hicieron ſus infieles brazos,
de ſus eſpoſos pérfidos verdugos?
¿Ellas, en fin, cuya execrable mano
ha cubierto de ſangre el himeneo,
y à la naturaleza ha horrorizado?
Yo me figuro ver à eſtos eſpoſos,
que doloridos, pálidos y airados,
por la noche entre ſueños ſe aparecen
à ſu eſpiritu tremulo y turbado.
Ya las veo eſpantadas levantarſe,
correr deſpavoridas por el quarto,
huyendo en tan funebres objetos;
mas los eſpectros crueles ſanguinarios
las ſiguen à traves de las tinieblas
con aquel puñal miſmo que ſu brazo
clavó en el ſeno de los infelices.
En quanto à mí, mis unicos quebrantos
ſon el odio de un padre: me atormenta
el ver que excito à mi peſar ſu enfado.
Pero, Señor, ſi vueſtra fiera ſaña
doblára mis cadenas: ſi inhumano
me enviarais al mas barbaro deſtierro,
ò ſi mi muerte hubierais ordenado;
el deſtierro, la muerte y las cadenas
no me harian temblar; y pues ſalvando
la vida de mi eſpoſo, he ſatisfecho
de mi honor, y virtud todos los cargos,
el arrepentimiento, ni aun fingido,
nada podrá arrancarme de los labios.

Dan. Qué rebelde! deſpues que temeraria
la pérfida cabeza me has negado
de eſe traidor, te atreves todavia....
No sé quien me detiene... ¡Monſtruo ingrato!
¿Te atreves à inſultar à tus hermanas,
que la fé y el reſpeto me guardaron?
¿Y llena del ardor que te devora,

te

te vienes con discursos tan osados
à jactar tu virtud, que no es ahora
mas que tu impuro amor, tu amor insano?

Hip. Mi amor? No: no, Señor. En este dia
el honor mis acciones ha reglado.
Si à Linceo no hubiera conocido,
hubiera hecho lo mesmo; y no me aplaudo,
ni quiero que por esto me celebren:
debí servir al himeneo santo.
Mas mis hermanas lo han prostituído;
y si en estos sucesos digno hai algo
de verse con horror, es su barbarie.
Muchas veces al cielo me he quexado
de que vos impusieseis à mi celo
tan feroces y barbaros mandatos:
de parecer culpable à vuestros ojos,
y de que se me hiciese necesario
fingir que iba à saciarme en una sangre,
que à salvar con ardor iba volando.
Tambien me avergoncé de emplear astuta
contra vos un ardid: sentia harto
el poder parecer un solo instante
complice de tan barbaro atentado,
y ayudar à mis miseras hermanas.
Detesto mucho aquel asesinato,
para usar de artificio, y solo puedo
tenerles compasion, no disculparlo.

SCENA IV.

Danao, Hipermenestra, Egina è Idas.

Idas. Se ha buscado, Señor, por todas partes;
mas nuestro empeño hasta ahora ha sido vano.
¿Os lo diré, Señor? Argos murmura
de ver que en este examen los soldados
violaron los domesticos hogares.
¿Pero quién sabe al fin si por acaso
en los mares que à Egeo morir vieron,
navega fugitivo, y si su barco
rompe el agua del viento protegido?
quizá tambien oculto dentro de Argos,
un asilo secreto le sustrahe
de nuestras diligencias al conato;
mas luego que à rayar la aurora empiece,
será mas facil descubrir sus pasos.
Ya tambien esperamos vuelva presto
alguna de las tropas de soldados
que fueron à buscarle.

Dan. Pues bien: anda,
está al acecho, vuelve apresurado
à la primer noticia.

SCENA V.

Danao, Hipermenestra y Egina.

Hip. ¡Santos dioses!
sed esta vez à la virtud mas gratos.

Dan. Si, ya lo veo, infiel, tus esperanzas
se aumentan con mi afán y mi cuidado;
pero, pérfida, tiembla: tiembla, infame,
de insultar à un furor que va aumentando.

Hip. Ya empiezo à lisongearme que Linceo
se libertó.... ¿Qué es esto, cielos santos?
¿Qué es lo que vén mis ojos?

Vé que traen à Linceo encadenado, y empieza à venir el dia.

Linc. Dioses crueles,
¿qué es lo que viendo estoi? ¿Viles malvados,
dónde me habeis trahido?

Hip. Qué, Linceo...
¡Ay infeliz, qué golpe tan tirano!
¡Yo muero de dolor! Querido esposo?

Linc. ¿Tú entre cadenas? ¡Monstruo desalmado!

¿Tú

Dan. ¿Tú creíste escapar de mis furores,
y que te libraria algun engaño?
Linc. ¿Y tú crees, tigre odioso, fiera horrible,
que como el tuyo sea vil mi brazo?
Qué timido testigo de la muerte
de todos mis hermanos, entregados
por tu furor à manos sanguinarias,
solo pensára en huirme de tu mano?
Mi designio era solo destrozarte,
y ya iba presuroso à executarlo.
Hipermenestra en lagrimas bañada
vino à impedirme, se me puso al paso,
me detuvo, y salvó tu infame vida.
Tú debes à sus voces, y su llanto
el resplandor del dia de que gozas;
y quando su socorro te ha librado
de mi venganza cruel, ¿son las cadenas,
y la muerte quizá será su pago?
Sagrados dioses... No, no puedo verla
sin morir de dolor. ¡Impio tirano!
¿puedes tener furores tan horribles?
¡Que yo fuera à dexarla entre sus manos!
à mi es à quien con golpes tan furiosos...
quiere oprimir el monstruo. ¡Crueles hados!
Hipermenestra!... ¡Qué terrible premio
à tus virtudes el destino ha dado!
Dan. Tú vives todavia: esa es su culpa.
Linc. Vé aqui mi corazon, hiere, tirano:
¿Qué te detiene? Matame violento;
pero libra à la esposa que idolatro.
Yo merezco la muerte, porque necio
no te quité la vida, y he dexado
mi esposa en tu poder. Si: yo queria
destrozarte ese pecho: mi conato
era darte la muerte: ahora que puedes,
contenta tu furor encarnizado.
Matame, hiere, y quita de mis ojos,
quitame estos objetos tan amargos,
de una adorada esposa entre cadenas,
y de un tigre feróz amenazado.
Dan. ¡Cómo me has de pagar, vil insolente,
estos tan atrevidos desacatos!
Pero no: no le basta à mi venganza
solo un puñal: Tu arrojo temerario
me pretendió matar; y aun aqui mismo
esta enorme intencion has confesado:
Tú confirmando estás con esas furias
el infalible oraculo sagrado
que à morir te condena: mi justicia
un gran exemplo debe à mis vasallos
en tu feróz castigo, y el suplicio
es el que debe terminar tus hados.
Ola, guardia!
Hip. Señor.
Linc. Monstruo engañoso,
impostor execrable, estás deseando
persuadir que yo he sido delinquente!
pero, villano, yo no soi tan malo.
Dan. Soldados, que lo lleven.
Hip. Deteneos:
padre, si en este dia desgraciado
sedienta está de sangre vuestra saña,
aqui teneis la mia en vuestra mano.
Mirad, Señor: quando Linceo supo
la muerte de sus miseros hermanos,
lo cegaron su pena y sus dolores.
Es verdad que lo habia enagenado
su rabia vengadora; pero luego
que vió à su esposa derramando llanto,
que oyó sus ruegos tiernos, y al instante
que cerca de morir la vió temblando,
templó sus iras, y aunque todavia
su ardiente corazon estaba airado,
la palabra me dió de no vengarse
por otros medios, que por los bizarros
que autoriza la suerte de las armas.
De una esposa el dolor, y el ruego hablando
calmaron su furór; ¿y el de una hija
no calmará tu corazon airado?
A la piedad Linceo fué sensible,
y cedió del amor al dulce alhago:
que tambien ceda vuestra ardiente furia
de la naturaleza à los reclamos.
Dan. Tu la invocas sin fruto: ya está muda:

Tu voz no escucho. Todos mis mandatos,
mis peligros, de padre el santo nombre,
y todo en fin, contigo ha sido vano.
Vengarme, y castigarte es ahora el solo
placer que à mis furores ha quedado.
Tú le adoras, y yo le haré dar muerte.
Mas no se pierda el tiempo. Ola, soldados,
haced que se prepare en el momento
su suplicio en las puertas de palacio:
que se doblen las guardias de Linceo.
Llevadlos à prision y separadlos.

Linc. Adios, querida esposa: ay Dios! mi muerte
en las manos te dexa del malvado.
¡Qué terrible es mi angustia!

Hip. Adios, esposo:
mi mano hará que yo siga tus hados.

SCENA VI.

Danao è Idas.

Dan. Idas querido, no perdamos tiempo:
anda, vuela, prepara à mis vasallos:
haz que corra el rumor de que queria
Linceo, con sus complices hermanos,
arrancarme la vida: que mis hijas
instruídas de su trama me vengaron.
Que solo Hipermenestra, seducida
de su amor por Linceo, habia intentado
conservarle la vida. Idas querido,
es siempre conveniente en estos casos
sufocar el clamor, ahogar el grito
de la piedad comun. Ya mis agravios
no se contentan solo con su muerte;
y quiero que entre propios y entre estraños
su infame nombre quede envilecido.
Habiendo ya hecho tanto, es necesario
aventurarlo todo por prudencia,
y la venganza hacer razon de estado.

ACTO V.

SCENA I.

Idas y Danao.

Dan. Idas, ¿está ya todo preparado
para el suplicio?

Idas. Si, Señor: el pueblo
ya la hoguera rodea, y quizá ahora
sube al cadahalso el misero Linceo.

Dan. Está bien, Idas mio. Mas no basta
su muerte para mi. Dime; ¿à tu dueño
serviste con lealtad? ¿qué es lo que pueden
producir ese oraculo, esos miedos
que por mi orden en Argos has sembrado?
¿Qué dices? ¿Qué discurre ese vil pueblo?
¿Con qué ojos verá el vulgo la venganza
que voi ahora à tomar?

Idas. Señor, mi celo
derramó en todas partes los rumores
que vos mismo dictásteis; y yo espero,
que recojais mui presto todo el fruto.
Se ha sabido que Egipto, pretendiendo
la conquista de Argos, à sus hijos
pidió vuestra cabeza. Vuestros yernos
se dice, que ambiciosos y encargados
por Egipto de barbaros proyectos,
formaban contra vos terribles tramas;
y que Linceo, gefe, ò à lo menos
cómplice de una accion tan execrable,
es digno de un castigo mui severo.
Por otra parte dicen, que los dioses
pedian muchas muertes. Que al momento
que una sangre à los Reyes dá sospechas,
debe verterse sin remordimiento;
y que no derramada, quando odiosa
y detestable la declara el cielo,
es querer, exponiendose à sus iras,

ser

ser misero y culpado à un mismo tiempo.
Pero algunos, Señor, menos esclavos
de la supersticion, tienen aliento
para ver à Linceo compasivos,
condenando, ò dudando del decreto.

Dan. ¿Y qué me importan, Idas, esos vanos
temerarios discursos? Son los menos
los que hablarán asi. Pero son muchos
los espiritus falsos y groseros,
à los quales se engaña facilmente
sin que al arte le cueste gran desvelo:
que sumergidos siempre entre su crasa
supersticion estúpida, envueltos
en errores de un torpe fanatismo,
forman varios fantasmas, à que necios
dán nombre de virtudes. Pero, Idas,
todo es ya favorable à mis intentos:
la ausencia de mi hermano, los delitos
con que he manchado el nombre de mis yernos,
y hasta las mismas voces esparcidas.
¡Ah, qué gusto tan dulce y tan sereno
me regocija el alma! Idas, querido,
Linceo está espirando: yo lo siento
en la agradable plácida alegria,
que llena de delicias à mi pecho.
Ya estoi vengado, amigo, y finalmente
ya están cumplidos todos mis deseos.
Alguno viene aqui con mucha prisa:
quizá será el aviso de que ha muerto.

SCENA II.

Danao, Idas y Egisto.

Dan. ¿Egisto, al fin ha muerto ya el malvado?

Egist. No, Señor: vive aun, y yo aqui vengo
à preveniros; que han dexado oirse
voces de sedicion, que....

Dan. Santo cielo!
Sedicion? Pues corramos: vamos pronto
à apagar en su origen este incendio.

Egist. Se murmura, Señor: el pueblo gime,
dudando los delitos de Linceo;
y yo temo por vos los homicidios
que se han hecho esta noche. Vuestro fuego,
vuestra colera activa, los ardientes
amigos de Linceo; y aun mas que esto,
las cadenas, Señor, de vuestra hija,
querida y adorada por extremo.
Yo tiemblo tanto mas, quanto inclinado
es à las sediciones este pueblo.
En la piedad que muestra, se le observa
un aire de furor y de despecho.
El rumor de venganza se ha dexado
escuchar repetido en muchos ecos.
¿Y quien sabe, Señor, si en el cadalso
hubiera parecido ya Linceo?...
¿Quien sabe?... Pero en fin, viendo el tumulto,
quiso el aviso daros mi fiel celo.

Dan. Que venga Hipermenestra.

Egist. ¿Y el suplicio
quereis que en el instante?...

Dan. Si, yo quiero
que muera aquel traidor: si, Egisto, corre:
haz que lo despedacen al momento:
que ese pueblo lo vea; y que su muerte
à ese osado rumor imponga freno.
Mas no: mejor será no aventurarnos:
su publico castigo tiene riesgo.
Oye, Egisto: que muera; mas que sea
dentro de la prision y con secreto.
Que Argos entienda que ya estoi calmado,
y que llame piedad lo que en efecto
es un rencor astuto y disfrazado.
Anda: obedece. Tú, Idas mio, luego
ve à tener mis esquadras preparadas;
haz que prontas esten, y que su esfuerzo
me defienda las puertas del palacio.

Da-

SCENA III.

Danao solo.

Dan. ¿Pues qué, tendrá osadia ese vil pueblo
de condenar lo que su Rey dispone?
¿Y digno solamente de desprecio,
temor querrá infundirme? Mui en breve
sabré yo castigar su atrevimiento,
sus insolentes furias y su arrojo.
Esclavo dócil de qualquier objeto,
su flaqueza varía: es el acaso
quien lo templa, ò lo irrita; y siempre ciego
en el esfuerzo torpe de sus iras,
solo tiene, tirano de un momento,
accesos de furor, que luego pasan.
Yo queria del pérfido Linceo,
con un golpe politico y astuto,
autorizar la muerte, disponiendo
que publica se hiciese; mas pues miro,
que compadece su suplicio al pueblo,
que el traidor muera lejos de sus ojos:
que perezca olvidado. A mis recelos
parece que la victima ya tarda
en arrojar sus ultimos alientos.

SCENA IV.

Danao è Hipermenestra con cadenas.

Hip. Señor, yo vengo à echarme à vuestras plantas.
¿Qué noticia he escuchado? ¿Será sueño?
¡Qué, Señor! ¿Es verdad que por vuestro orden
se suspende el suplicio? ¿Vuestro pecho
mas aplacado ya, no está tan sordo
al clamor de mis miseros lamentos?
¡Qué Dios tan favorable y tan propicio,
calmando vuestra colera, me ha vuelto
à un tiempo mismo à un padre y à un esposo!
Pero qué! ¿vengo aqui por orden vuestro?
¿Estoi à vuestras plantas, y aun airado
los ojos apartais de mi con ceño?
Perdonadme, Señor: estoi temblando;
pues quando nos oprime el hado adverso,
con el temor se turba la esperanza.
¿Pero en fin, ya mis males fenecieron?
¿Perdonais à mi esposo?

Dan. Hipermenestra!
¿Qué me osa preguntar tu vil afecto?
Qué yo revoque la sentencia dada?
Qué suspenda mis golpes? No: no quiero.
Ahora va à perecer el insolente.

Hip. ¿Ahora va à perecer? Pues bien: mis ruegos
despreciad. Que perezca. De vuestra alma
desterrad el voráz remordimiento,
y consumad mis miseros destinos.
Pero vos, que ahora amenazais severo,
por vos mismo temblad. Estais ansioso
de derramar la sangre de Linceo;
pero temed: temed vuestro peligro,
si su muerte ordenais. Aunque estais cierto
de que no tiene apoyo, ni esperanza,
de su destino está pendiente el vuestro.
Temed que comparezca à vista de Argos,
que por él se interesa con afecto.
Temed que todo el pueblo se amotine.
Yo os lo debo advertir; pero à Linceo
debo mi fé guardar. El es mi esposo,
y es quanto hai para mi en el universo.
Vos no sois ya mi Rey: no sois mi padre.
Vuestras injustas iras han deshecho
vinculos tan sagrados; y si llena
de todas vuestras furias ahora excedo
del respeto debido, sois vos mismo
quien à ello me forzais.

Dan. Divino cielo!

¡Qué es lo que oigo! ¡Qué ruído! ¡qué tumulto!...
Ah, pérfida! eres tú: tus viles fuegos
los que mas armas dán contra tu padre.
Hip. ¡Quantas desdichas, justos dioses, temo!

SCENA V.

Danao, Hipermenestra è Idas.

Dan. ¿Eres tú, Idas querido? ¿Mis soldados
has preparado?
Idas. Ya, Señor, los dexo
caminando hácia aqui.
Dàn. Haz que se abancen
mis guardias, y con ellas vuelve luego.

SCENA VI.

Danao, Hipermenestra, Linceo y Erox seguidos del pueblo.

Linc. Detened un momento vuestras iras,
amigos: por mi causa yo no quiero
que ninguno perezca. Erox, te encargo,
que contengas su ardor y sus alientos.
El cielo, al fin, es justo, monstruo horrible:
piadoso me libró de tus intentos.
Ya me ves libre, y tu furor es vano.
Este pueblo, mirando tus horrendos,
tus feroces y barbaros delitos,
se ha sublevado lleno de despecho:
ha destrozado todas mis prisiones,
y te amenaza en tu palacio mesmo.
Verdugo cruel de todos mis hermanos,
¿para que nada falte à tus excesos,
à mi esposa tambien tu feróz rabia
la tiene presa, y de la vida en riesgo?
Sin detenerme en frivolos baldones,
yo debiera, colerico y sangriento,
empezar por vengarme y destrozarte:

Al querer ir sobre Danao en acto de amenazarlo, Hipermenestra tiende los brazos para detenerlo.

Pero aun ella respeta el nombre tierno,
que te hace mas infame. Yo la adoro;
pero teme, cruel, tiembla, perverso,
si de mi amor abusas... ni aun yo mismo
te puedo responder... Mira ese pueblo
que ha venido trás mi: yo solamente
suspender, ò excitar sus iras puedo.
Hip. Dioses justos!
Linc. Entregame à mi esposa,
barbaro, ò morirás...
Hip. Detén, Linceo:::
Dan. ¡A qué estremo me humillan los destinos!
Defended, pueblo de Argos, al Rey vuestro:
contened à esos pérfidos rebeldes.
Linc. Entregala, te digo.
Hip. Santo cielo!
Ay, Linceo! Ay mi padre! ¿Adonde, ò dioses,
os hace transportar el furor ciego?
¡Ved lo que vais à aventurar entrambos
en momentos tan crueles!
Dan. Qué! ¿A mi pecho
imaginas rendir? ¿Te lisonjeas
de inspirarme temor?
Linc. ¿Aun tiene aliento
esa barbara rabia?
Hip. Dia horrible!
Suerte desventurada!
Dan. Tus esfuerzos
no teme mi valor.
Linc. Monstruo inflexible!
ya es esto demasiado: amigos, luego
saquemos de su mano à Hipermenestra:
ayudadme à librarla: tiembla, fiero.
Dan. Tiembla tú mismo con temor mas justo:
ò detén la insolencia de ese pueblo,
ò aqui mismo à tus ojos la doi muerte.

Amenaza con el puñal à su hija.

Linc. ¿Qué es lo que haces? Detén el vil acero.
Justos cielos! ¡Esposa idolatrada!
¡Qué delito! qué accion!...
Hip. Dexad, Linceo,
que muera al fin: yo causo estos horrores.
Linc. Cielos santos!
Dan. De nuevo te lo advierto:
teme mis furias: vete de aqui al punto:
con los rebeldes huye à un mismo tiempo,
ò verás castigar sobre ella misma
tu rabia, su traicion, y à ese vil pueblo.
Linc. ¡Dónde estoi, infelíz! Fieles amigos,
esperad: deteneos un momento:
ahora está mi vida en vuestras manos:
vuestro mismo socorro estoi temiendo:
no deis un paso mas: ved el terrible
despecho en que me miro: ved el fiero
puñal con que amenaza à la que adoro:
toda mi sangre, amigos, en el pecho
timida se congela. Santos dioses!
¡Qué tenga yo esta espada, y que mi aliento
no se pueda vengar! ¡Ah, monstruo horrible!

SCENA VII.

Danao, Hipermenestra, Linceo, Erox y Egisto.

Se oye otro nuevo ruído de sedicion por el lado en que está el tirano.

Egist. Señor, ya está forzado este otro puesto:
no os queda mas recurso que la fuga:
el pueblo coronar quiere à Linceo.

Danao se vuelve à oir à Egisto, y se descuida un poco con Hipermenestra: Linceo se aprovecha de este instante, y se precipita hácia ella por delante del teatro: Erox con el pueblo cruza la guardia del tirano y lo desarma: el tirano, rechazado por el lado opuesto, le quita su espada à Egisto: Erox lo detiene, poniendole la punta de su espada en el pecho: Hipermenestra está en los brazos de Linceo: el tirano quiere animar à sus soldados; y el pueblo los pone en fuga.

Linc. Librate, esposa, de tu cruel tirano.
Dan. Soldados, ayudad à mis esfuerzos:
venid conmigo, y castiguémos juntos
à los rebeldes... pero no hai remedio:
tú has vencido por fin; y yo me mato.
Hip. ¡Ah, padre mio! ¡Qué dolor tan fiero!
Dan. Quitate de mis ojos, hija indigna:
vete de aqui, porque tu odioso aspecto
está aumentando mi implacable rabia.
Yo queria vengar sobre mis yernos
las barbaras violencias de mi hermano.
he fingido un oraculo siniestro;
y tu, muger infame, con tu llama
eres la impia, que lo estás cumpliendo.
O traidores! ¡ò colera ya inutil!
¡dia horrible! ¡venganza sin efecto!
¡destino el mas terrible! Vén, Egisto,
arrastrame á morir en otro puesto,
que yo morir creyera muchas veces,
si à su vista acabáran mis alientos. *vans.*
Linc. ¿Adonde vais, esposa idolatrada?
Hip. Ay Linceo! ya espira: yo no puedo
resistir el horror de tantos males,
que cercan inhumanos à mi pecho.
Linc. A lo menos permite, que en un dia
que hacen nuestras desgracias tan funesto,
las manos de un esposo que te adora,
consigan enjugar tu llanto tierno.

SCENA VIII.

Hipermeneſtra, Linceo, Erox y Egiſto.

Sale Erox ſeguido de una tropa del pueblo de Argos.

Erox. Señor, ya todo eſtá en tranquila calma:
los pueblos os proclaman: de aqui meſmo
podria oír ſu voz alborozada.
Venid, que ya os eſperan placenteros:
correſponded à ſu deſeo ardiente:
Argos dice, que digno ſois del cetro,
pues que habeis roto ſu tirano yugo.

Linc. Erox, ya voi tras ti: pero primero,
dando funebre honor à ſus cenizas,
los manes de los muertos aplaquemos.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó, Impreſor y Librero, en la Libretería.